

La toponimia jalisciense en la ficción¹

Guillermo Schmidhuber de la Mora

La región que hoy se llama Jalisco y que en tiempos del Imperio español se denominaba Nueva Galicia, es una tierra tan fértil para la imaginación como fructífera para la fantasía. En esta parte de México, hacer cuentos ha sido una tradición. Cuentos de almas en pena y de santos; cuentos de humor y de violencia. En la década que abre el siglo XXI, cientos de escritores en ciernes han escogido la literatura como vocación; numerosos jóvenes sueñan con ser escritores, junto a actrices que suspiran por la dramaturgia, queriendo todos sentirse intelectuales algún día. Actúan como herederos que son de una gran tradición literaria que por más de un siglo ha estado presente en el occidente de México.

Este ensayo es un paseo literario por Jalisco con la mención de tres de los narradores del siglo XX: Agustín Yáñez, Juan Rulfo y Juan José Arriola. Se complementa con un viaje a la toponimia literaria que ayudaron a forjar, esos espacios del interior del Estado que fueron creados por el pueblo y recreados por estos escritores: Yahualica, Comala y Zapotlán El Grande.

Agustín Yáñez o la toponimia de las campanas de la segunda libertad

Hace más de medio siglo que Agustín Yáñez cerró su genial novela *Al filo del agua* con unas palabras en latín tomadas del Salmo 42: “Ad Deum qui lætificat juventutem meam”, “Al Dios que es la alegría de mi juventud”, acaso porque recordaba en ese instante su juventud en Jalisco. Había nacido el niño Agustín en Guadalajara en 1904, ciudad en donde fue educado, aunque su familia era originaria de Yahualica. Yáñez fue abogado, profesor universitario, gobernador del estado de Jalisco y ministro de educación, además de escritor. Sus libros tratan de pintar el proceso que ha vivido México para ser moderno: *Al filo del agua* (1947) relata la vida de un pueblo en el inicio de la Revolución; *La creación* (1959) hace una crónica ficcional del arribo del arte moderno al país con cuatro

¹ Este ensayo comparte texto con la Conferencia que presentó por G. Schmidhuber en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos de América, como parte de las actividades de la *Semana de Jalisco* en Washington, el 28 de abril de 1998. Esta conferencia fue llevada a cabo al alimón en compañía de la Dra. Olga Martha Peña Doria, quien cubrió lo relativo a la literatura jalisciense escrita por mujeres.

personajes de su anterior novela; *Las tierras pródigas* (1960) y *Las tierras flacas* (1962) describen tanto al México urbano como al rural.

Al filo del agua abre con un *Acto preparatorio* en el que retrata al pacífico pueblo de Yahualica en 1909 antes de sufrir la tormenta revolucionaria:

Pueblo de mujeres enlutadas. Aquí, allá, en la noche, al trajín del amanecer, en todo el santo río de la mañana, bajo la lumbre del sol alto, a las luces de la tarde —fuertes, claras, desvaídas, agónicas—; viejecitas, mujeres maduras, muchachas de lozanía, párvulas; en los atrios de iglesias, en la soledad callejera, en los interiores de tiendas y de algunas casas —cuán pocas— furtivamente abiertas. Gentes y calles absortas. Regulares las hiladas de muros, a grandes lienzos vacíos. Puertas y ventanas de austera cantería, cerradas con tablones macizos, de nobles, rancias maderas, desnudas de barnices y vidrios, todas como trabajadas por uno y el mismo artífice rudo y exacto. Pátina del tiempo, del sol, de las lluvias, de las manos consuetudinarias, en los portones, en los dinteles y sobre los umbrales. Casas de las que no escapan rumores, risas, gritos, llantos; pero a lo alto, la fragancia de finos leños consumidos en hornos y cocinas, envuelta para regalo del cielo con telas de humo.²

Este texto es una letanía de imágenes para que el lector pueda recrear el espacio pueblerino con tan prolijas descripciones que resulta casi una escenografía. El tiempo parece detenido, lo que es logrado técnicamente por la supresión de verbos que unen gramaticalmente los sujetos con sus respectivos predicados. En el primer párrafo no hay un sólo verbo. En el segundo párrafo, los tres primeros verbos son: “cerrar”, luego es seguido por “trabajar” y, por último, “escapar”. Exactamente los tres pasos que la novela seguirá como en un rito de purificación. De la tesis de una sociedad “cerrada”, se pasa a una antítesis de esfuerzo y de “trabajo” y, por último, se llega a una síntesis que obliga a “escapar”. Tanto las palabras como sus contenidos apuntan a un mundo que va a pasar de estático a móvil, aún las alteraciones sintácticas de los sujetos sin verbo, con predicados que parecen esculpidos en superficies pétreas que están a punto de cobrar vida.

Al filo de agua es la crónica del advenimiento de la libertad en un pueblo que vive en condiciones de olvido y que ve llegar la epifanía de un nuevo régimen. Así lo comprueban las últimas palabras de don Timoteo Limón, el sacerdote, quien próximo a morir, repite proféticamente el Salmo 42 y con él anuncia el pronto advenimiento de la alegría del México de la esperanza. Notable es la certidumbre creativa de Yáñez de convertir al

² Yáñez, *Al filo del agua* (México: Editorial Porrúa) 9.

pueblo en protagonista, como lo habían hecho antes ,magistralmente, James Joyce con el Dublín de *Ulysses* (1922), y John Dos Passos con *Manhattan Transfer* (1925). La anécdota no narra la epopeya de un héroe, sino la crónica de aquéllos que no nacieron para ser héroes. No es una historia grande, sino una historia pequeña, aquélla que nunca estará incluida en un libro de un famoso historiador, ni menos será citada en una enciclopedia.

¿Por qué el narrador omnisciente, como técnicamente es calificado, no parece escribir esta novela, sino que más bien la esculpiera o la pintara? Ya que sus textos no cuentan sino pintan, no relatan sino exculpen. Yahualica es un mural en un espacio cerrado y los personajes fueron pincelados desde su exterior. Causa extrañeza comprobar que nunca el lector se entera por la voz del narrador de sus pensamientos íntimos, sino por el propio flujo de conciencia de los personajes, como en Joyce y en Faulkner. Impávidos, los protagonistas miran cómo su cosmos se desploma para dar nacimiento a otro nuevo cosmos. Del aire estático y la lluvia suspensa pasan a observar la sorpresiva ventisca y el ruidoso aguacero revolucionario. La voz narrativa no es pura, ya que el narrador es un simple observador, con más ojos que voz y más tacto que oídos. Al final, la narración es cerrada con las últimas vivencias de los personajes; y después, cuando la última hoja del libro ha quedado en blanco, el lector sabe que ya nadie tendrá ojos para mirar ni oídos para percibir la vida de los que permanecieron y que Yahualica jamás volverá a ser conceptualizada como mítica por ningún cronista.

Los personajes de esta novela pueden ser categorizados en tres niveles: los protagonistas, el pueblo y el narrador. Los primeros viven su circunstancia sin adentrarse en la dinámica de la tormenta. El pueblo es testigo anónimo, casi mudo, sin conciencia, sólo sufrientes portadores de un destino inconcluso. Seres que no otean la tormenta pero la van sufrir; víctimas propiciatorias que no saben su destino ritual; hombres y mujeres que viven al filo del agua y que pronto vivirán al filo de la navaja revolucionaria. El narrador ve al pueblo desde todos los ángulos, pero especialmente desde el campanario, desde donde los humanos parecen canicas sin destino, que se impulsan unas a otras al golpearse. De todos los personajes de esta novela, Gabriel es el único que posee esta visión, especialmente cuando sube a la torre de la iglesia y toca su concierto maravilloso de campanas: “Gabriel, cuya mano hace funcionar al alba, los goznes de la convivencia sin esperanza de sorpresas, vueltos a clausurar oficialmente por los toque de queda... Gabriel, rector de gozos, agonías y duelo... Gabriel, nuncio y péndulo”. ¿Quién es Gabriel? La misma novela posee información que resuelve el misterio: “Nadie sabe cómo y en qué fecha Gabriel apareció en el curato, muchachito de cinco años, muy moreno, de cutis delicado, de ojos y continentes tristes, ajeno a juegos y amigos, vergonzoso, huraño, arisco”. Esta descripción bien pudiera ser la del niño Agustín, quien se describió a sí mismo alguna vez como “enconchado”, y en otra recordó, “ En Guadalajara viví muy sólo;

fui un ávido espectador de la vida corriente, de los sucesos callejeros”.³ A la pregunta que un día le hiciera el crítico Emmanuel Carballo a Yáñez, ¿existen rasgos autobiográficos en Gabriel? Este autor respondió: “Acaso alguna inspiración” (321). Sin embargo, cuando el autor de este ensayo le hizo esa pregunta a doña Olivia Ramírez de Yáñez, la viuda de don Agustín, la respuesta fue: “Gabriel es él mismo”. Además, Gabriel fue el nombre del mayor de los hijos de este autor. Y por si esto fuera poco, es Gabriel el arcángel anunciador de los Evangelios, aquél que le dijo a la Virgen que la natividad estaba *al filo del agua*.

El final abierto de esta novela relata la partida de María para unirse al México moderno. No sabemos lo qué les sucederá a las mujeres que se quedan, pero estamos seguros que han cambiado, como también Yahualica porque ha experimentado un cambio social. Y, por último, también Gabriel — ¿y por qué no el propio Yáñez?— se ha transformado: de un muchacho solitario llegó a ser un hombre creador gracias a su emigración a la gran ciudad y a su intento de consolidarse como artista, como lo relata la siguiente novela de Yáñez, *La creación*.

Para probar que *Al filo del agua* es una metáfora del advenimiento de una nueva era, vale la pena parafrasear un texto del evangelio de San Lucas, el mismo que es leído en la festividad de San Gabriel:

En aquel tiempo, envió Dios al Ángel Gabriel/Agustín a Yahualica, ciudad de Jalisco. Y habiendo entrado, dijo: Dios te salve, ciudad llena de gracia, el Señor es contigo, bendita seas entre todas las ciudades. Al oír esto, el pueblo se turbó y púsose a considerar qué significaría este saludo. Más el Ángel dijo: No temas, porque has hallado gracia ante Dios. Sábete que has de concebir una ciudad libre que será grande y será llamada ciudad de ciudades. Dijo entonces el pueblo: ¿Y cómo será eso? Y el Ángel dijo: El espíritu de libertad descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Entonces el pueblo dijo: Hágase en mí según su palabra.

Como conclusión hay que puntualizar que el personaje de Gabriel es más eminente de lo que muestran los acontecimientos de la trama de esta novela. Como testigo/narrador de la novela, Gabriel ve la conciencia de los personajes y comprende sus sueños y fue él quien tañe las campanas de la segunda libertad mexicana, aquella que después de un siglo de independencia, recuperó el rumbo histórico con el huracán de una revolución.

Al filo del agua es una novela profética del advenimiento de una nueva literatura a pesar de que fue escrita varios lustros antes. Con ella nace la gran narrativa en la historia literaria hispanoamericana. Esta novela es comparable a *El señor Presidente*, del guatemalteco Miguel Ángel Asturias, de 1946, y a *El reino de este mundo*, de 1948, del

³ Emmanuel Carballo, *Protagonistas de la literatura mexicana* 313.

cubano Alejo Carpentier. Novelas que todavía hoy fijan el rumbo, junto con la narrativa de Joyce y de Faulkner, hacia donde se dirige la literatura mundial en búsqueda de la novela total.

Juan Rulfo y el espacio toponímico de las ánimas

Juan Rulfo es el escritor jalisciense que más ha trascendido. Fue autor únicamente de dos libros: una colección de cuentos titulada *El llano en llamas*, publicada en 1953, y su celeberrima novela *Pedro Páramo*, publicada en 1955. Estos dos libros obtuvieron una parca acogida en el período de su publicación, para después alcanzar múltiples ediciones y gran beneplácito crítico.

El análisis de *Pedro Páramo* ha generado el mayor corpus crítico otorgado a una novela mexicana. Tres han sido las ópticas críticas que han sido utilizadas. La óptica formalista ha privilegiado las técnicas narrativas, el lenguaje y la estructura, como lo señalan los estudios críticos de Luis Leal y de tantos otros. Realismo contra magia. Magia contra realismo. Realidad irrealidad. Juego de narradores entretreídos con los personajes y con los lectores. Estructura de dos líneas narrativas que hilvanan sesenta y cinco fragmentos. La primera línea narrativa posee un narrador en primera persona y utiliza tiempos verbales en presente: cuenta la llegada de Juan Preciado al pueblo destruido de Comala a donde vino en busca de su padre, Pedro Páramo, como lo menciona en el primer párrafo de la novela: "Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo. Mi madre me lo dijo. Y yo se le prometí que vendría a verlo en cuanto ella muriera. Le apreté sus manos en señal de que lo haría; pues ella estaba por morirse y yo por prometerlo todo".⁴ La segunda línea narrativa posee un narrador omnisciente que utiliza formas verbales en tercera persona para contar la vida de Pedro Páramo desde su infancia hasta convertirse en el cacique de Comala. El final de la novela narra la muerte del padre: "[Pedro Páramo] se apoyó en los brazos de Damiana Cisneros e hizo intento de caminar. Después de unos cuantos pasos cayó, suplicando por dentro; pero sin decir una sola palabra. Dio un golpe seco contra la tierra y se fue desmoronando como si fuera un montón de piedras".⁵

Otra óptica crítica ha hurgado en lo mítico, con lo muestran los aportes de George Freeman, Carlos Fuentes y Julio Ortega. Bajo esta mirada, Juan Preciado, el protagonista es un Telémaco alejado de Ulises, es Hércules que lleva a cabo trabajos esforzados, es

⁴ Rulfo, *Pedro Páramo* (México: FCE, 1969) 7.

⁵ *Pedro Páramo* 129.

Teseo en un laberinto y es Orfeo porque viaja al mundo de los muertos. Bajo esta óptica mítica todos nosotros somos personajes rulfianos, porque aquí nacimos, “en cueros”, como Dios nos echó al mundo, y así moriremos porque somos hombres y mujeres expulsados del paraíso y perdidos para siempre en la toponimia antónima del Jardín del Edén. Estos murmullos guardan ecos de una biblia indescifrable que narra otro pecado original cometido en un cosmos rarificado en donde no quedó nostalgia de la presencia divina, pero sí de una culpa sempiterna que no merece juez, ni menos perdón. Pesimismo cósmico.

Una tercera óptica crítica subraya lo social al proponer la literatura rulfiana como testimonio del proceso histórico con estudios críticos de Carlos Blanco Aguinaga, Jean Franco y Joseph Sommers. Revolución mexicana soterrada. Guerra cristera. Historia detenida. Y como horizonte está Jalisco, aquél que cerró el siglo XIX y el que fue en los años veinte; además, metafóricamente, el Jalisco de hoy.

Pedro Páramo no es una novela, sino las ánimas de una novela.⁶ Murmullos que construyen una crónica, voces veladas para los vivos pero audibles para los muertos y los lectores inteligentes, lamentos de almas en pena y de fantasmas con imaginación creadora; toponimia de un pueblo tan fantasmal como chocarrero. Además, es doloroso testimonio de la falta del padre y de la disonancia interior que guarda todo mexicano. Ese mundo de vivos y de muertos es el Mictlán celestial de los aztecas, pero también el anti-cielo de los cristianos. El protagonista Juan Preciado muere a la mitad de la novela y, como Orfeo moderno, sigue hablando. En una primera lectura, pocos lectores perciben esa muerte.

Comala, el espacio geográfico de la novela, es un pueblo en ruinas habitado por espectros que perviven después de su muerte y de vivos que permueren. Rulfo ignoró el lindero entre los vivos y los muertos, porque en el mundo rulfiano no hay Caronte ni río Estigia, todos habitamos el mismo purgatorio, porque de igual manera estamos todos vivos y todos estamos muertos en un comal geográfico sin toponimia.

De reciente localización en el archivo parroquial de San Gabriel, Jalisco, es el siguiente texto hasta hoy desconocido, el Exorcismo de Comala:

“¡Espíritus inmundo, yo te conmino a ti que tienes dominada a la ciudad de Comala, que digas tu nombre y precises el día del abandono de este pueblo nefando que fue ciudad de Dios!

Te exijo que recuerdes que al principio existió la Palabra, y la Palabra estaba se conglomeraba con otras palabras, y que formaban la novela del

⁶ Ricardo Yáñez califica a *Pedro Páramo* de “fantasma de una novela”.

caos original. Todas las cosas fueron hechas por medio de la Palabra y sin ella no se hizo nada de todo lo que existió. ¡Espíritu del mal, sal de este villorrio que un día fue santo y que ha quedado reducido a un infierno! Y así como Jesús expulsó a un demonio que era mudo y éste habló, así abandonad Comala, ruina de ruinas, con casas caídas una sobre otra, para que este paramo cuente su verdadera historia.

¡Oh, Espíritu del mal! ¡Siente la espuela divina para que las almas de quienes vivieron y murieron en este villorrio réprobo regresen a su paraíso original! ¡Te conmino a ti y a tus acólitos para que abandonéis la posesión de este pueblo maldito para que se cumpla esta Desiderata!:

Que Juan Preciado encuentre por fin a su Padre;

Que Doloritas Preciado sea perdonada por haberse matrimoniado con Pedro Páramo;

Que Susana San Juan descanse eternamente en el cielo de las vírgenes imprudentes;

Que Eduviges Dyada no sea juzgada por sus pecados sino por sus buenas obras como el hospedar a Juan Preciado en su casa;

Que Damiana Cisneros sea salvada por el solo hecho de ser la primera informante del rumor de que en Comala todos estaban muertos;

Que a Fulgor Sedano, el administrador de la hacienda La Media Luna, sea disculpado por actuar con el fuste del cacique;

Que el Padre Rentaría gane de una vez por todas su guerra cristera;

Que al arriero Abundio Martínez alcance clemencia por su parricidio;

Que Justina Díaz llegue al cielo porque cuidó de Susana San Juan incluso en su locura.

Que Dorotea, quien comparte tumba con Juan Preciado, sea perdonada de su pecado de alcahuetería;

Que el primer Cronista de Comala sea exculpado por escribir los añicos de un relato sin que hayan servido de eficaz exorcismo para este pueblo protervo.

¡Lucifer, tú que un día reconociste llamarte Luzbel, imperativo es que abandones la posesión de todos estos hijos que un día fueron de Dios y que hoy son hijos del mal! ¡Te exhorto a que renunciéis a la posesiones de la trinidad de los Páramo!:

Padre, Lucas Páramo, quien murió asesinado;

Hijo, Pedro Paramo, quien murió a manos de uno de sus hijos, y

Espíritu santiscario, Miguel Páramo, quien falleció al caer de un caballo poseso.

¡Espíritu del mal! Abandona la posesión de estas mujeres y de estos hombres para que puedan regresar a la felicidad última en la llanura espejo de una laguna transparente y para que puedan gozar de los sueños eternos de su reposo. El Señor de los Señores hará de su Media luna un plenilunio y abrirá la Puerta grande de su salvación. ¡Deja la posesión de este Páramo de lágrimas para que brille el Sol rulfiano de la Creación!

Acata las últimas palabras pronunciadas por el Espíritu de Salvación: 'Vayan por todo el mundo, anuncien la Buena Noticia a toda la creación. El que crea y se bautice, se salvará. El que no crea, se condenará. Y estos prodigios acompañarán a los que crean: arrojarán a los demonios en mi Nombre y hablarán nuevas lenguas; podrán tomar a las serpientes con sus manos, y si beben un veneno mortal no les hará ningún daño; impondrán las manos sobre los enfermos y los curará'. ¡Baja la cabeza, Ángel caído y obedece, deja en libertad a este pueblo y retírate al infierno! ¡Patillas, padre del mal, somete tu cabeza para que Comala sea de nuevo Pueblo de Dios!

¡Huye en compañía de tus prosélitos!... ¡He aquí la Ciudad del Señor!"⁷

Juan José Arreola o la toponimia de la infancia

⁷ Paráfrasis del rito del exorcismo católico, con tres citas bíblicas: San Juan (1; 1-14); San Lucas (11; 14-22), y San Marcos (16; 15-18).

Para Arreola, el amor por la literatura fue adquisición infantil. De niño aprendía versos de memoria y los recitaba en las reuniones de familia y en los festejos escolares. A esa tierna edad adquirió la pasión por la palabra. A sus quince años, Arreola vivió dos años en Guadalajara. Insignificante fue su regreso a Zapotlán porque trabajó de dependiente en una dulcería y en una tienda de comestibles. Fue entonces cuando escribió sus primeros versos en el mismo papel con que envolvía dulces y alimentos. En 1936 decidió partir a la capital de México. Vendió cuanto tenía y con ese dinero llegó a la mayor ciudad mexicana, con sólo trece pesos en su bolsa. Allí conoció a grandes escritores que le sirvieron de amigos y de mentores. El teatro le apasionó sobre las demás artes, por lo que tomó clases de actuación. En 1940 regresó a Zapotlán con el sabor de fracaso en la boca. Esa Navidad publicó su primer cuento en el periódico del pueblo, bajo el título de *Sueño de navidad*. Pasaron tres años para que pudiera publicar un segundo cuento, esta vez en una revista de Guadalajara llamada *Eos*, era el verano de 1943. Regresó a Guadalajara en 1942 y consiguió trabajo en el Periódico *El Occidental*. Los viajes de Arreola han sido documentados y pertenecen a la memoria colectiva del mundo intelectual mexicano. En 1944 se casó con Sara Sánchez Torres. Un año después conoce a un joven escritor, Juan Rulfo, y ambos se convierten en lo que calificaban de “la yunta de Jalisco”.

La Comedie Française pasó en tour por Guadalajara y tres obras fueron presentadas en el Teatro Degollado, encabezaba la compañía teatral el afamado actor francés Louis Jouvet. Terminó la temporada y la gira continuó en otros países. En Julio de 1945 el actor francés le envió una carta invitándolo a estudiar actuación a Paris. A pesar de su reciente matrimonio, viaja a Paris entre 1945 y 1946. La última noche antes de su salida duerme en el teatro en el lecho de Virginia Fábregas, ya que la célebre actriz tenía que recostarse entre escena y escena para descansar sus débiles piernas en un camastro cercano del escenario. En Francia encontró a Rodolfo Usigli, nuevamente, y a Octavio Paz con su inseparable esposa, Elena Garro. Con ella entabló una amistad que duró toda la vida, pero no así con Paz, a quien trató con prudente lejanía.

Un año después Arreola regresó a México y tomó la decisión de permanecer en la Capital. En los años que siguieron escribió la mayor parte de su obra; en 1949 publicó *Varia invención*, con textos que son creativas mezclas de poema, cuento y ensayo; tres años más tarde apareció *Confabulario*, y en 1958, *Bestiario*. En estas colecciones de cuento Arreola recorre los primeros pasos de lo que más tarde constituiría el cuento hispanoamericano por antonomasia, ya que estos cuentos comparten en tiempo y en creatividad el logro narrativo de Jorge Luis Borges. Ambos autores escribieron cuentos en que lo increíble y lo creíble se confunden, y lo fantástico y lo real se sobreponen. En estos cuentos puede percibirse la simiente del estilo literario que, más tarde, sería calificado por los críticos de *realismo mágico*. “El arte de escribir consiste en violentar las palabras, ponerlas en predicamento para que expresen más de lo que expresan... Las palabras son

inertes de por sí, y de pronto la pasión las anima, las levanta, las incluye en el arrebató del espíritu. El problema del arte consiste en untar el espíritu en la materia; tratar de detener el espíritu en cualquier forma material... Para mí, toda la belleza es formal. Lo que yo quiero hacer es fijar mi percepción; mi más humilde y profunda percepción del mundo externo, de los demás y de mí mismo... Aspiro al lenguaje absoluto, al lenguaje puro que da un rendimiento mayor que el lenguaje frondoso porque es fértil, porque es puro tronco”.⁸ Con estas palabras Arreola decodifica su arte narrativo.

Corría el año de 1956 cuando colaboró con el movimiento de *Poesía en voz alta*. Fue actor en la primera presentación de la única obra de teatro de Octavio Paz, en el papel de Rapaccini. En esa temporada volvió a ver a Elena Garro, entonces incipiente dramaturgia que estrenaba sus piezas en *Poesía en Voz Alta*. En forma paralela, Arreola desarrolló un trabajo editorial en Fondo de Cultura Económica y quedó insertado en una amplísima labor de intelectual.

Como Rulfo, Arreola escribió una sola novela, *La feria*, que fue editada en 1963. Con la toponimia de su terruño, Zapotlán El Grande, el espacio narrativo es descrito desde el período de su fundación hasta el momento presente con un mosaico de fragmentos que construyen una “estructura calidoscópica”.⁹ No hay personajes en el sentido protagónico sino sólo el pueblo de Zapotlán que es transformado en una toponimia parlante. El lenguaje de su infancia, junto con textos biográficos de la niñez y la adolescencia del autor, sirven de contrapunto a la visión escéptica de un adulto, produciendo una narración dinámica que fundó el paradigma de lo que sería posteriormente la gran novela hispanoamericana.

Lo que siguió fue silencio, sequedad de pluma hasta el día en que murió. Su pasión por las palabras escritas se fue transformando en el goce por la palabra oral. Sus éxitos en televisión y sus conferencias fueron su única poética. Arreola hablaba como antes escribía. Este silencio ha sido explicado por Arreola con las siguientes palabras: “Ha habido personas que han sido famosas por una capacidad verbal que ha perjudicado su obra. Yo soy una de ellas. Uno de esos escritores que, por tener el don de la palabra, estamos en una gravísima desventaja... En el fondo, no sé quién soy. Me escondo tras

⁸ Textos entresacados de las conversaciones de Arreola con Emmanuel Carballo (*Protagonistas de la literatura mexicana*, México: Editorial Porrúa, 1994) y con Fernando del Paso (*Memoria y olvido*, México: CNCA, 1994).

⁹ Cito la feliz expresión de Saúl Yurkiévich.

una muralla de palabras. Me oculto como el calamar, en su mancha de tinta”.¹⁰ El actor y el orador que siempre llevó dentro, sobrepasaron al escritor.

Fue un hombre que cambió la palabra escrita por la palabra oral. Volvió a ser el juglar, el narrador épico que traía las noticias en las épocas en que no había otro medio de comunicación. No le bastó con las letras, necesitó la palabra bien dicha y mejor entendida, como un actor/literato que más que sujetar el signo en el papel, deja voladoras tanto los significados como los significantes. Nadie más en México ha logrado hacer del habla su mayor literatura; lo prueban sus exitosos programas de televisión y, sobretodo, su jocosa intervención como comentarista en el mundial de fútbol de 1970. Él mismo contaba que Televisa había perdido *rating* al transmitir los partidos, por lo que el empresario José Emilio Azcárraga decidió cambiar la manera de narrar el evento. Tal fue el éxito que los *ratings* regresaron favorables y el maestro Arreola logró no sólo sus honorarios sino también de premio un viaje por Europa en compañía de su familia. Comenzó hablando del balón-pie y terminó jugando fútbol con las palabras.

La biografía de Arreola, especialmente de su infancia, está desperdigada en sus escritos pero sin apuntar a la autobiografía. En el primero de sus viajes a la ciudad de México, un amigo de juventud le escribió una carta de despedida:

Querido Juan José:

No se acostumbra mandar cartas a los amigos del pueblo. No hay cartero que lleve la correspondencia a Atenquique, ni a San Gabriel y Comala, pero tú te has ido más lejos. Te fuiste a Guadalajara y me dicen que quieres irte más lejos aún, a otros países. Aquí en Zapotlán todos te echamos de menos, siempre sentiremos que hay un vacío. Por mi parte, sentiré que La feria no será tan alegre. No sé si todos los que aquí viven te recordarán con tanto cariño como yo. Todo sea por Dios.

Fue una verdadera lástima que no hicimos la primera comunión juntos, tú te comiste una galleta y yo sí guarde el ayuno. Siempre recordaré que crecimos juntos, compartiendo los juegos, cierto es que tú creabas los juegos, pero yo era el que más los disfrutaba.

Compartíamos los dulces cuando llegaban de Colima y hasta compartimos regaños, cuando eras tú el que más los merecía. Como cuando fuimos al convento de San Francisco y nos hallaron con una niña.

¹⁰ Textos entresacados de las conversaciones de Arreola con Emmanuel Carballo (*Protagonistas de la literatura mexicana*, México: Editorial Porrúa, 1994) y con Fernando del Paso (*Memoria y olvido*, México: CNCA, 1994).

No estábamos ni siquiera en párvulos, íbamos nomás a acompañar a tus hermanas más grandes. Era el tiempo en que jugábamos el juego de tu tía Jesusita: “Cuando vayas a comprar carne, no compres de aquí, ni de aquí, ¡Solo de aquí!” y de repente nos hacía cosquillas debajo del arco. Pero nosotros cambiamos el juego, ¿te acuerdas?, comenzábamos desde el tobillo e íbamos subiendo por la pierna de las niñas despacito. Así fuimos creciendo.

Un día nos corrieron de la escuela porque hicimos un ejercicio de palabras de dos sílabas, que al juntarlas hacían malas palabras.

Zapotlán ya es una ciudad civilizada, con zona de tolerancia, caseta de policía y toda la cosa. Hoy viernes 29 de septiembre de 1934 supe que partiste. No pude asistir a tú cumpleaños el 21 de septiembre, los dos cumplimos 16. Tú y yo ya somos todo un hombre. Tú madre me dijo que te habías ido en el tren a Guadalajara. No llegamos ni a despedirnos. Zapotlán te quedo chiquito, como un día te quedará chiquito el horizonte tapatío.

En el tren que te fuiste no ibas solo. En tú maleta llevabas algo más que ropa, cosméticos y libros. Entre tus manos y tu corazón está ubicada tu memoria. En ella nos llevas a muchos que seguiremos pensando en ti. Allí llevarás los aromas de nuestro pueblo, los sonidos que señalan las horas, los sabores policromos de la pitaya, el sabor misterioso del arrayán y la guayaba, los sabores de las cocadas afrutadas, sobre todo la de piña que tanto te gusta, y también la cocada borracha y el rey de las cocadas, el alfajor. Y sobre todo el olor sabroso y refrescante del agua de lima.

También te llevas los murmullos y los ecos de cómo hablamos por acá. Nunca podrás olvidar las sonrisas de Alicia y Ofelia, de Conchita y Luz. Ellas siempre te hicieron más caso que a mí, por eso yo debiera ser el que pensara en irme lejos. Por más que andes lejos, llevarás en tú nariz el olor a trenza de mujer joven.

Estoy cierto que nunca se te podrá olvidar Zapotlán, aunque llegues a ciudades grandes como Guadalajara, nuestra capital, y ¿por qué no? París y Madrid, y otras que ni yo mismo no sé cómo llamarlas. En ese pedazo de tierra en donde Dios quiso naciéramos, descubriste la poesía, algo que a pesar de lo mucho que me has ayudado, no llego a comprender. Aquí en Zapotlán fuiste actor en el teatro que está al lado de la iglesia.

Aquí también conociste la flora y la fauna, por ejemplo, los sapos que tanto te llaman la atención y que dices que son corazones tirados al suelo.

También las aves de rapiña y el zopilote real, el búho y las pequeñas aves. Lástima que no tengamos camélidos, boas, focas, cebras, jirafas, hipopótamos y rinocerontes, y otras bestias de partes alejadas del mundo por las que siempre sentiste una gran fascinación. Explícame por qué tiene que haber otros animales, ¿No te bastan los caballos, los burros y las gallinas? A mí, estos me bastan y me sobran. Ésos que te gustan tanto, ni siquiera te los puedes comer.

Aquí en Zapotlán aprendiste a declamar y a hablar dibujando las letras en los labios. Yo nunca pude y hablo trapajoso como tantos de aquí. A pesar de que juntos aprendimos de memoria las poesías de Rubén Darío, de Enrique González Martínez y de Pablo Neruda, tú sí las comprendes y hasta escribes cosas que se les parecen.

Juntos conocimos a ese gran señor Neruda en su visita a Zapotlán. Guarda siempre el soneto que escribió sobre Zapotlán. Nunca lo pierdas, y cada vez que lo encuentres, léelo de nuevo y piensa en nosotros.

Adiós, Juan José, te vas y nada será igual para mí. ¿Con quién voy a acompañarme para irme a confesar? Ya no te podré contar los pecados que oigo que otros confiesan. Tú te vas a hacer famoso como los toreros, mientras yo me dedicaré a la tierra y el maíz, y me casaré con alguna de las que hoy todavía suspiran por ti.

Sin ti todo será diferente, ya nadie me podrá descubrir la belleza de las cosas, como la pitaya que antes me las comía sin verlas, pero tú me enseñaste a contemplarlas primero, después a besar su carne y, por último, a plantarles la mordida. Todo lo hermoso seguirá aquí, pero no habrá quien lo nombre. De ti aprendí a agudizar mis sentidos, pero nunca aprendí a nombrar las cosas.

Adiós amigo, cuando escribas algo, mándame una copia, para saber si por aquellas tierras hay los colores, los sabores y los animales de aquí. Vive muchos años y un día regresa a nuestro pueblo. Ese día será grande para Zapotlán y tú regresarás no sólo a tu pueblo, sino también a tu infancia. Te recordaré siempre.

Tu mejor amigo zapotlanense.¹¹

¹¹ Guillermo Schmidhuber escribió esta carta para el homenaje nacional a los ochenta años de Arreola. Toda la información citada fue entresaca de sus libros y puede ser considerada autobiográfica. Arreola escribió en septiembre de 1996 un texto a Guillermo Schmidhuber,

Como Ulises regresó a Ítaca, así Juan José Arreola regresó en sus años finales a su Jalisco de origen. Llegó a personificar al poeta urbano, necesario en toda ciudad que se precie de ser cosmopolita, tanto en Guadalajara, como en Ciudad Guzmán, toponimia que se negó a utilizar porque habían rebautizado a su Zapotlán y él no lo aprobaba. Su Estado natal le ofreció la felicidad de unos años de vida y luego su mortaja terrenal en 2001.

Numerosas veces Arreola pintó unicornios como si fueran caballos del ajedrez. Para muchos, el unicornio es más real que los animales de la zoología científica, y por eso han escrito enciclopedias para probar su existencia. Arreola persiguió la palabra como si ésta fuera un unicornio. Cambió la palabra para comunicación cotidiana por la palabra literaria y, posteriormente, por la palabra oratoria. Su historia inició como la de un niño nacido en la provincia mexicana para llegar a ser un afamado escritor y el prototipo del hombre intelectual. Todo su esfuerzo fue hecho por amor a las letras, hasta convertirlo en un alquimista trasmutador de la palabra en un unicornio, o acaso, en casi en una piedra filosofal.

Una conclusión para una toponimia fantástica

Las postrimerías del siglo XX y el inicio del nuevo siglo han visto nacer una nueva concepción estética bautizada, hoy por hoy, de posmodernismo. Bajo esta nueva visión, surge otra concepción de la literatura. De la *metonimia* que nos obligaba a enfrentarnos con la realidad y que limitaba a la literatura a ser un mero espejo, ahora hemos pasamos a la *metáfora*, que presenta otro significante que permite comprender un significado más profundo de esa realidad. Así varios poblados de Jalisco se han universalizado y cada uno es metáfora del momento h que presenta otro significante que permite comprender un significado más profundo de esa realidad histórico de cualquier pueblo del mundo, que ha esperado la llegada de la libertad y que está al filo de descubrir ese camino liberador. De

entonces Secretario de Cultura de Jalisco: “Guillermo, te confieso aquí que desde que volví a Guadalajara, mi vida se ha vuelto un agasajo continuo... Y el encontrar aquí tu amistad y protección es un homenaje continuo pero sí, no tengo más remedio que emplear la famosa palabra porque tu labor al frente de nuestras acciones culturales merece mi aprobación y apoyo incondicional. Tú sabes cómo y cuán difícil es difundir la cultura oficialmente. Porque la cultura y su trasmisión vienen a ser hechos individuales e íntimos. Gracias, Guillermo, por forma parte, contra viento y marea, de un equipo de personas inteligentes y trabajadoras que aman a partir de Guadalajara, Jalisco, y de sus pueblos, a México entero y a la cultura que es a un tiempo individual y universal”.

la monoglosia, es decir, la narrativa en una sola voz, pasamos a la poliglosia, en donde la narración es contada por múltiples voces. En *Al filo del agua*, las voces de los personajes se convierten en un murmullo mítico, antecedente de los murmullos rulfianos, que cuentan los sucesos chocarreros de la trama. En las obras de Rulfo y de Arriola podemos encontrar todas las técnicas narrativas que cerraron el siglo XX.

También en este cambio de milenio otros elementos literarios han cambiado con la globalización de la literatura: la estructura de la novela ha pasado de la forma cerrada, con narración lineal y fin único, a la antiforma, es decir, con la novela abierta que presenta múltiples finales o, simplemente, una conclusión sin definición precisa, como en Yáñez, Rulfo y Arriola.

Además, hemos pasado de la literatura seria a la literatura lúdica, al juego de las canicas, en donde todo movimiento es fortuito y nada está predestinado. Así, poco a poco, de la recreación de una realidad, se ha llegado a la deconstrucción de esa misma realidad para entender el sentido intrínseco de los espacios y del tiempo: ya no es Yahualica, ni Comala ni Zapotlán El Grande, sino espacios metafísicos en donde la humanidad vive, muere y pervive. De una literatura de fuerzas unificadas hacia un centro, hemos pasado a una literatura de fuerzas centrífugas y de signos estallados. Ninguna de las novelas comentadas tiene una única interpretación, cada lector encuentra la propia, y esta significación irá cambiando cuando las lecturas se sumen a través de los años. Nunca leemos la misma novela, si nosotros hemos cambiado, ¿por qué la novela deberá ser la misma?

Una señal clarísima de la posmodernidad es el interés por la intertextualidad, con el hilvane de textos elaborados por otros autores en otros tiempos. En *Al filo del agua* tenemos el uso de numerosas citas evangélicas a la letra y, notablemente, la utilización del ritual de la misa católica como estructura de novela. En Rulfo, hay una invitación a visitar el Hades griego y el *inferno* de Dante ahora trocados en un pueblo-cementerio; una mazmorra fantasmal que nunca llegó a ser camposanto. En Arriola, los cuentos son criaderos de zoologías fantásticas estudiadas por todas las ciencias y lagares que fermentan palabras hasta vincularlas con todas las artes.

Por más de un siglo la toponimia jalisciense ha dado buen servicio como albergue creador. En el futuro, cuando los lectores visiten Yahualica, Comala o Zapotlán el Grande, avistarán una aurora que iluminará los rótulos que anuncian caminos que conducen, venturosamente, a toponimias fantásticas.